

H.G. Wells

La guerra de los mundos



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

Herbert George Wells

1.ª edición: abril de 2026

Título original: *The War of the Worlds*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Diseño de cubierta: *Jessica Caldenas*

© 2026, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 253
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-379-4
DL B 23518-2025

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Libro primero **La llegada de los marcianos**

Capítulo 1: La víspera de la guerra.	13
Capítulo 2: El meteoro	23
Capítulo 3: En la llanada de Horsell	29
Capítulo 4: El cilindro se destornilla	34
Capítulo 5: El Rayo Ardiente	39
Capítulo 6: El Rayo Ardiente en el camino de Chobham . . .	46
Capítulo 7: De cómo llegué a casa.	50
Capítulo 8: La noche del viernes	57
Capítulo 9: Comienza la lucha	62
Capítulo 10: En el ataque	72
Capítulo 11: En la ventana	82
Capítulo 12: Lo que vi de la destrucción de Weybridge y de Shepperton.	91
Capítulo 13: De cómo encontré al vicario	108
Capítulo 14: En Londres.	117
Capítulo 15: Lo que sucedió en Surrey	134

Capítulo 16: El pánico	147
Capítulo 17: El Lanzatruenos	167

Libro segundo

La Tierra bajo el poder de los marcianos

Capítulo 1: Bajo tierra.	185
Capítulo 2: Lo que vimos desde la casa en ruinas.	196
Capítulo 3: Los días de encierro	210
Capítulo 4: La muerte del vicario	219
Capítulo 5: El silencio	226
Capítulo 6: La obra de quince días	231
Capítulo 7: El hombre de Putney Hill	237
Capítulo 8: Londres muerto	261
Capítulo 9: El desastre	274
Epílogo	282

Libro primero
La llegada de los marcianos

Capítulo 1

La víspera de la guerra

Nadie hubiera creído en los últimos años del siglo XIX que las cosas humanas fueran escudriñadas aguda y atentamente por inteligencias superiores a la del hombre, y mortales, sin embargo, como la de éste; que mientras los hombres se afanaban en sus asuntos fuesen examinados y estudiados casi tan de cerca como pueden serlo en el microscopio las pasajeras criaturas que pululan y se multiplican en una gota de agua. Con infinita suficiencia iban y venían los hombres por el mundo, ocupándose de sus asuntillos, tranquilos, seguros de su imperio sobre la materia. Es probable que bajo el microscopio obren de igual manera los infusorios. Nadie imaginó entonces que los más antiguos mundos del espacio pudieran ser fuentes de peligro para la existencia humana; ni se pensaba en esos mundos más que para descartar como imposible o improbable la idea de que hubiese en ellos vida. Es curioso recordar ahora al-

gunos hábitos mentales de aquellos lejanos tiempos. A lo sumo, los habitantes de la Tierra se figuraban que en el planeta Marte podía haber otros hombres, inferiores probablemente a ellos, y dispuestos a recibir con los brazos abiertos cualquier expedición misionera. Sin embargo, a través de los abismos del espacio, espíritus que son a los nuestros lo que nuestros espíritus son a los de las bestias de alma perecedera; inteligencias vastas, frías e implacables contemplaban esta Tierra con ojos envidiosos y trazaban con lentitud y seguridad sus planes de conquista. Y a comienzos del siglo xx sobrevino la gran desilusión.

El planeta Marte, apenas necesito recordárselo al lector, gira alrededor del Sol a una distancia media de 225 millones de kilómetros y la luz y el calor que recibe es justamente la mitad de los recibidos por nuestro mundo. Si la teoría de las nebulosas encierra alguna verdad, el planeta Marte debe de ser más viejo que el nuestro, y la vida sobre su superficie debió de haber iniciado su curso mucho antes de que la Tierra se solidificara. El hecho de que su volumen llegue escasamente a la séptima parte del nuestro debió acelerar su enfriamiento hasta la temperatura en que fue posible la subsistencia de la vida. Tiene aire y agua y cuanto es necesario para el sostén de la existencia animada.

Pero el hombre es tan vano, tanto le ciega su vanidad, que ningún escritor antes del fin del siglo xix expresó la idea de que pudiera haberse desarrollado allí una vida inteligente muy superior —o siquiera vida inte-

ligente alguna— a la de la Tierra. Tampoco se comprendía, en general, que siendo Marte más antiguo que la Tierra, con apenas una cuarta parte de su superficie y más alejado del Sol, se sigue necesariamente que no sólo se halla más lejos del comienzo de la vida, sino también más cerca de su término.

El secular enfriamiento, que algún día habrá de alcanzar a nuestro planeta, ha avanzado ya mucho en el vecino. Sus condiciones físicas son aún en buena parte un misterio, pero sabemos que ni en sus regiones ecuatoriales la temperatura del mediodía llega a la de nuestros inviernos más severos. Su aire es mucho más ligero que el nuestro, sus océanos se han recogido al punto de no cubrir sino la tercera parte de la superficie y, al ir y venir sus largas estaciones, enormes montañas de hielo y de nieve se levantan y se funden en sus polos, inundando periódicamente las zonas templadas. Esa última etapa de agotamiento, que es aún para nosotros increíblemente lejana, se ha convertido para los habitantes de Marte en su problema principal. La presión urgente de la necesidad ha iluminado sus entendimientos, desenvuelto sus facultades y endurecido su corazón. Así, al mirar a través del espacio, con aparatos e inteligencias que apenas nos es posible concebir, han visto a la más próxima distancia, a sólo 55 millones de kilómetros en dirección al Sol, una estrella matutina de esperanza, nuestro propio y cálido planeta, de verde vegetación y de grises aguas, de atmósfera nublada, testimonio elocuente de fertilidad, y por entre los penachos movedi-

zos de las nubes han vislumbrado comarcas dilatadas de poblaciones densas y mares surcados en todas las direcciones por navíos.

Nosotros, los hombres, criaturas que habitamos esta Tierra, debemos serles por lo menos tan extraños y tan poca cosa como nos lo son los monos y los lemúridos. Y la parte intelectual del ser humano ya admite que la vida es una lucha incesante por la existencia, y parece ser que ésta es también la creencia de las mentes en Marte. Su mundo está ya muy frío, mientras que el nuestro ofrece una plétora de vida, aunque plétora de lo que ellos consideran una vida inferior. Y el único medio que tienen de escapar al aniquilamiento que, generación tras generación, merma su población consiste en llevar la guerra en dirección al Sol.

Antes de juzgarlos con excesiva severidad debemos recordar que nuestra propia especie ha destruido de forma total y bárbara, no tan sólo especies animales, como la del bisonte y el dodo, sino también razas humanas inferiores. Los tasmanos, a pesar de su semejanza humana, fueron completamente exterminados en una guerra de aniquilación llevada a cabo por inmigrantes europeos durante cincuenta años. ¿Somos acaso tales apóstoles de la misericordia como para quejarnos si los marcianos luchan con el mismo espíritu?

Parece que los marcianos calcularon su descenso con pasmosa exactitud —sus conocimientos matemáticos son evidentemente superiores a los nuestros— y llevaron a cabo sus preparativos con una unanimidad casi per-

fecta. Si nuestros aparatos lo hubiesen permitido, podríamos haber visto cómo se gestaba ya el problema mucho antes de acabarse el siglo XIX. Hombres como Schiaparelli examinaban el planeta rojo —y es curioso, dicho sea de paso, que durante innumerables siglos haya sido Marte el planeta de la guerra—, pero no supieron interpretar las apariencias fluctuantes de los signos que anotaban con tanta exactitud en sus mapas astronómicos. Todo ese tiempo, los marcianos debieron estar preparándose.

En la oposición de 1894 se vio una gran luz en la parte iluminada del disco, primero en el Observatorio de Lick, después por Perrotin en Niza, y luego por otros observadores. El público inglés supo de estos fenómenos por el número de *Nature* fechado el 2 de agosto. Me inclino a creer que esta aparición pudo haber sido el disparo del enorme cañón, colosal cráter hundido en su planeta, desde donde sus proyectiles fueron lanzados hacia nosotros. Otros signos peculiares, que tampoco se supo explicar, fueron vistos en las dos siguientes oposiciones, cerca del lugar de aquella explosión.

Hace ahora seis años que el cataclismo se abatió sobre nosotros. Al aproximarse Marte a la oposición, el astrónomo Lavelle de Java hizo reverberar todos los hilos de las comunicaciones astronómicas con la noticia asombrosa de una inmensa explosión de gas incandescente acaecida en el planeta observado. Ocurrió el hecho hacia la medianoche del día 12, y el espectroscopio, al que recurrió inmediatamente, indicó que una masa

de gas llameante, sobre todo de hidrógeno, se movía con enorme velocidad en dirección a la Tierra. A eso de las doce y cuarto, aquel chorro de fuego se hizo invisible. Lo comparó a un soplo colosal de llamas lanzado de aquel planeta, de forma violenta y rápida, «como salen los gases inflamados de la boca de un cañón».

Resultó ser una expresión singularmente apropiada. Sin embargo, al día siguiente no apareció nada sobre ello en los periódicos, salvo una breve nota en *Daily Telegraph*, y el mundo siguió ignorante de uno de los peligros más graves que jamás amenazaron a la raza humana. Acaso no habría yo sabido nada de la erupción de no haberme encontrado en Ottershaw a Ogilvy, el conocido astrónomo. La noticia lo había alterado terriblemente y, llevado por la intensidad de sus emociones, me invitó a examinar con él aquella misma noche el planeta rojo.

A pesar de lo que sucedió después, recuerdo detalladamente aquella velada: el negro y silencioso observatorio, la sombría linterna que iluminaba débilmente un rincón, el regular tictac del mecanismo del telescopio, la pequeña rendija en el techo —oblonga profundidad surcada por el polvo estelar—. Ogilvy se movía de un lado a otro, invisible, haciéndose notar únicamente por el ruido. Al mirar por el telescopio, se veía un círculo de azul profundo, y en el campo, el pequeño planeta redondo que nadaba ante la mirada. Parecía algo tan diminuto, tan brillante, pequeño y quieto, débilmente surcado por franjas transversales y apenas achatada su

perfecta redondez... ¡Tan pequeño, tan cálido y plateado, tan luminosa aquella cabeza de alfiler! Parecía temblar un poco, aunque en realidad era el telescopio el que vibraba con la actividad del mecanismo que mantenía al planeta en el centro de la visión.

Al observarla, la diminuta estrella parecía hacerse más grande y de repente achicarse, alejarse y aproximarse, pero era sencillamente que los ojos se me cansaban. Sesenta millones de kilómetros nos separaban: más de sesenta millones de kilómetros de vacío. Pocas personas comprenden cuán inmenso es el vacío en el que flota el polvo del universo material.

Cerca del astro, en el campo visual, había tres pequeños puntos luminosos, tres estrellas telescópicas, infinitamente lejanas, y a su alrededor por todas partes se extendía la insondable oscuridad del espacio vacío. Ya sabéis cómo se percibe esa negrura en las noches heladas de invierno; pues aún parece más profunda a través del telescopio... E invisible para mí, porque era tan pequeña y tan remota, avanzando rápida y firmemente hacia la Tierra a través de aquella distancia increíble, acercándose cada minuto miles y miles de kilómetros, venía la Cosa que nos enviaban: la Cosa destinada a traer tanta lucha, calamidad y muerte al mundo. Yo no lo imaginé entonces, mientras observaba; nadie en la Tierra imaginó jamás aquel misil infalible.

Hubo también aquella noche otro estallido de gas en la superficie del distante planeta. Yo lo vi. Fue un rojizo relámpago que surcó el borde del planeta, una

ligerísima proyección en el contorno. Se lo dije a Ogilvy y se colocó donde yo estaba. La noche era calurosa, yo tenía sed y me adelanté, tambaleándome y a tientas, hacia una mesa donde había un grifo, mientras Ogilvy lanzaba exclamaciones al contemplar el chorro de gas que salía en dirección a nosotros.

Aquella noche, otro proyectil invisible partió de Marte en dirección a la Tierra, veinticuatro horas después del primero, segundo más o menos. Recuerdo que me senté encima de la mesa, ahí en la oscuridad, y que bailaban ante mis ojos manchas verdes y carmesíes. Deseé entonces tener un mechero para poder fumar, sin sospechar siquiera el significado del débil destello que había visto, ni todo lo que pronto habría de traerme. Ogilvy estuvo observando hasta la una, y luego desistió; encendimos la linterna y caminamos hasta su casa. Allá abajo, en la oscuridad, estaban Ottershaw y Chertsey, y sus cientos de habitantes, durmiendo en paz.

Habló largamente aquella noche sobre las condiciones del planeta Marte y se burló de la vulgar idea de que los habitantes de aquel planeta nos estuvieran haciendo señales. Su teoría era que podían estar cayendo meteoritos en una intensa lluvia sobre el planeta o que estuviera ocurriendo una enorme explosión volcánica. Me señaló lo improbable que era que la evolución orgánica hubiera seguido el mismo rumbo en dos planetas tan próximos.

—Las probabilidades contra la existencia en Marte de nada remotamente parecido al hombre son de un millón por cada una —me dijo.

Cientos de observadores vieron la llama aquella noche, y también la siguiente, a las doce, y la otra, y así hasta diez; una llama cada noche. Por qué cesaron los disparos después del décimo es algo que nadie en esta Tierra ha conseguido de explicarse. Tal vez los gases desprendidos perjudicaron a los marcianos. Densas nubes de humo o de polvo que, vistas desde la Tierra con poderosos telescopios parecían pequeñas manchas grises y movedizas, se esparcieron por la limpidez atmosférica del planeta, oscureciendo sus rasgos en otro momento familiares.

Por último, hasta los periódicos despertaron con estas perturbaciones del orden, y así aparecieron aquí y allá y en todas partes crónicas burlonas referentes a los volcanes de Marte. Recuerdo que la revista serio-cómica *Punch* hizo un uso feliz de ello en sus caricaturas políticas. Y, sin que nadie lo sospechara, aquellos misiles que los marcianos nos habían disparado se precipitaban hacia la Tierra, avanzando a un ritmo de muchos kilómetros por segundo a través del vacío del espacio, cada hora y cada día, cada vez más cerca. Hoy me parece casi increíblemente milagroso que los hombres se absorbieran en sus insignificantes intereses mientras el destino se cernía tan rápido sobre todos. Recuerdo el aire triunfal de Markham cuando obtuvo una nueva fotografía del planeta Marte para el periódico ilustrado

que dirigía en aquella época. La mayoría de las gentes de estos tiempos apenas se dan cuenta de la abundancia y el empeño de nuestros periódicos del siglo XIX. Por lo que a mí respecta, me pasaba el tiempo aprendiendo a andar en bicicleta y escribiendo una serie de artículos sobre el desarrollo probable de las ideas morales en relación con los progresos materiales.

Una noche (el primer proyectil distaba de nosotros menos de 16 millones de kilómetros) salí de paseo con mi esposa. La noche era estrellada; le expliqué los signos del zodíaco y le mostré dónde encontrar a Marte, ese brillante punto que se deslizaba hacia el cenit y hacia el cual se dirigían tantos telescopios. La noche era cálida. Al volver a casa, un grupo de excursionistas de Chertsey o Isleworth pasó a nuestro lado cantando y tocando música. Había luces en las ventanas superiores de las casas, mientras la gente se retiraba a dormir. Desde la estación de tren, a lo lejos, llegaba el sonido de los trenes maniobrando, resonando y retumbando, suavizado por la distancia casi hasta convertirse en una melodía. Mi esposa me señaló el brillo de las luces rojas, verdes y amarillas de señalización que colgaban recortadas contra el cielo. Todo parecía tan seguro y tranquilo.

Capítulo 2

El meteoro

Y llegó la noche en que cayó el primer meteoro. Fue visto de madrugada, desplazándose rápidamente sobre Winchester hacia el este, una línea de fuego en lo alto de la atmósfera. La contemplaron centenares de personas, que la creyeron una estrella fugaz, idéntica a tantas otras. En la descripción de Albin se hablaba de que dejaba tras de sí un rastro verdoso que resplandecía durante algunos segundos. Denning, nuestra máxima autoridad en meteoritos, atestigua que la altura de su primera aparición fue de ciento cuarenta a ciento sesenta kilómetros. Le pareció que había caído a unos ciento cincuenta kilómetros al este de su posición.

Yo estaba en casa a esa hora, escribiendo en mi despacho, y aunque mis ventanas daban a Ottershaw y tenía abiertas las celosías (pues amaba entonces contemplar el cielo nocturno), no pensé nada de aquel fenómeno. Sin embargo, la cosa más extraña que jamás

había llegado a la Tierra debió caer mientras yo me encontraba ahí sentado, y la habría visto si hubiera levantado los ojos en el mismo instante en que pasó. Algunos dicen que su vuelo producía un silbido especial. Muchas personas de los condados de Berkshire, Surrey y Middlesex debieron presenciar la caída y casi todos, con toda probabilidad, pensarían que se trataba de otro meteorito. Nadie se molestó aquella noche en examinar el trozo de materia caído.

Pero a la madrugada del día siguiente, el pobre Ogilvy, que había visto la estrella fugaz, persuadido de que el meteorito se hallaba en las tierras comunales situadas entre Horsell, Ottershaw y Woking, se levantó temprano con la idea de encontrarlo. Y lo encontró, en efecto, poco después del amanecer, no muy lejos de las canteras de arena. La fuerza del proyectil había hecho un agujero enorme, y la arena y el cascajo, lanzados violentamente en todas direcciones, formaban sobre los brezos y los matorrales montículos visibles a dos kilómetros a la redonda. Hacia el este ardían algunos brezos, y un tenue humo azul se alzaba contra el amanecer.

La Cosa yacía casi por completo enterrada en la arena, entre los fragmentos esparcidos de un abeto despedazado en la caída. La parte descubierta tenía el aspecto de un enorme cilindro, de corteza endurecida y contornos suavizados por una espesa incrustación escamosa y de color pardo grisáceo. Su diámetro era de unos treinta metros. Se acercó a la masa, sorprendido por su tamaño y aún más por su forma, pues la mayoría de los

meteoritos son más o menos redondeados. Sin embargo, estaba todavía tan caliente por su paso a través del aire, que el calor que emanaba le impedía acercarse demasiado. El ruido que se agitaba en el interior del cilindro lo atribuyó al enfriamiento desigual de su superficie, pues en aquel momento no se le había ocurrido que pudiera estar hueco.

Permaneció de pie al borde del agujero, extrañándose del aspecto extraño del cilindro, desconcertado sobre todo por la forma y el color, que no eran los de otros meteoritos, y percibiendo vagamente, ya entonces, ciertos indicios de que esta caída pudiera ser intencionada. No recordaba haber oído cantar los pájaros aquella madrugada; no había brisa: los únicos ruidos que oía eran los débiles chasquidos de la masa cilíndrica. Estaba solo en la llanura.

Entonces, de pronto, advirtió con sorpresa que parte de la escoria gris, la incrustación cenicienta que cubría el meteorito, se estaba desprendiendo del borde circular de uno de los extremos. Caía en escamas, lloviendo sobre la arena. De repente, un gran fragmento se desprendió y cayó con un ruido seco que le hizo subir el corazón a la garganta.

Durante un instante no comprendió lo que esto significaba y, aunque el calor era excesivo, bajó por la pared del agujero de arena y se colocó junto a aquella masa para ver la Cosa con más claridad. Todavía se imaginaba que el enfriamiento podría explicar aquellos desprendimientos, pero contradecía esta idea el hecho

de que las cenizas no se desprendieran sino de un extremo del cilindro.

Advirtió entonces que la parte superior del cilindro giraba lentamente. El movimiento era tan gradual que sólo lo descubrió al notar que una marca negra que había estado cerca de él cinco minutos antes se encontraba ahora al otro lado de la circunferencia. Aun así, apenas comprendía lo que aquello significaba, hasta que oyó un ruido sordo y rasposo y vio que la marca negra daba un tirón hacia adelante, avanzando unos pocos centímetros. Entonces la revelación le llegó de golpe. ¡El cilindro era artificial, hueco, y uno de sus extremos se desenroscaba! ¡Algo dentro del cilindro estaba desenroscando la tapa!

—¡Cielo santo! —exclamó Ogilvy—. ¡Hay un hombre, tal vez hombres encerrados, medio asados ahí dentro, tratando de escapar!

Y, de un salto, relacionó el suceso con la explosión que había observado en el planeta Marte.

El pensamiento de las criaturas encerradas le inspiró tal espanto que, olvidando el calor, se acercó al cilindro para ayudar a su destornillamiento. Afortunadamente la sorda irradiación lo amedrentó antes de que pudiera quemarse las manos en el metal todavía incandescente. Permaneció indeciso un momento, luego se volvió, trepó por el foso hasta encontrarse fuera y echó a correr a toda velocidad en dirección a Woking. Eran poco más o menos las seis de la mañana. Se cruzó con un carretero y quiso hacerle comprender lo ocurrido, pero eran

tan extraños el relato y el aspecto de Ogilvy, quien había dejado caer el sombrero en el hoyo, que el hombre continuó tranquilamente su camino. Tampoco logró convencer al mozo que abría las puertas de la posada cerca del puente de Horsell. El hombre pensó que se trataba de un loco que se había escapado y quiso encerrarlo, sin éxito, en la taberna. Esto le hizo calmarse un poco, y cuando vio a Henderson, el periodista londinense, en su jardín, lo llamó por encima de la valla y logró hacerse comprender.

—¡Henderson! —gritó—. ¿Vio usted anoche el meteorito?

—¿Por qué? —preguntó Henderson.

—Ahora está en la llanada de Horsell.

—¡Caramba...! —dijo Henderson—. ¡Un meteorito caído! No está mal.

—Es algo más que un meteorito. ¡Es un cilindro... un cilindro artificial, amigo! ¡Y tiene algo dentro!

El periodista se enderezó, azada en mano.

—¿Qué dices? —preguntó. Henderson era sordo de un oído.

Ogilvy le contó cuanto había visto. El periodista tardó un par de minutos en asimilarlo. Luego dejó caer la azada en la tierra, se caló la americana y se puso en marcha. Los dos volvieron inmediatamente a la llanada. El cilindro se encontraba en la misma posición. Pero ya habían cesado los ruidos interiores y se veía una delgada circunferencia de brillante metal que separaba la parte superior y el resto del cuerpo del cilindro. El